

Mozambique, una nueva prueba para la solidaridad internacional

Fernando Almansa*

LOS miles de metros cúbicos de agua caídos del cielo en Mozambique han anegado una gran parte de su territorio y las esperanzas de cientos de miles de personas. Cerca de 500 muertos, más de dos millones de afectados, 200.000 hectáreas de cosechas perdidas y las provincias de Inhambane, Gaza, Sofala y Maputo por reconstruir. Éste es el triste balance de las intensas lluvias que cayeron entre finales de febrero y finales de marzo en el sureste de África. Una nueva emergencia que nos obliga a reflexionar sobre el rumbo que está tomando el trabajo en cooperación.

Al tener conocimiento de las inundaciones en Mozambique, la solidaridad internacional ha intentado responder, aunque lentamente y con enormes dificultades, a esta catástrofe, que no es más que la tercera vuelta de un rosa-

* Director de Cooperación Internacional de Interión.

rio de calamidades naturales y humanas, que se van sucediendo más rápido de lo que nuestra memoria es capaz de retener. En poco más de un año se han concentrado el huracán *George*, el *Mitch*, la guerra de Kosovo, la de Chechenia, la interminable guerra de Angola, las inundaciones en Venezuela, en Orissa (India), en Mozambique, en Madagascar... y ahora, la enorme sequía en Etiopía y otros países del Cuerno de África.

La Comunidad Internacional (curiosa forma de definir la responsabilidad colectiva de todos nosotros) parece que siempre reacciona tarde e insuficientemente. Con frecuencia las ONG son el punto de mira para bien y para mal de esta lenta reacción. Pero las ONG apenas somos un reflejo de nuestra sociedad, en la que nos basamos y de la que nos nutrimos para llevar adelante nuestro apoyo a las poblaciones que sufren estas catástrofes. Por ello, nuestra respuesta siempre estará condicionada por el nivel de sensibilidad, información y conocimiento que nuestra sociedad tenga.

El caso de Mozambique ha sido paradigmático. Las ONG veníamos alertando sobre la grave situación desde primeros de febrero, pero se tardó casi un mes en poner en marcha todo el aparato de respuesta, porque nuestras palabras y nuestros informes tienen que contar con imágenes tremendas que ocupen las cabeceras de los telediarios. Y para ello hemos tenido que dejar paso al gran aparato mediático, y dar prioridad en el uso de helicópteros a las grandes cadenas televisivas, antes que al socorro de las víctimas. ¡Increíble paradoja!

A nivel oficial los gobiernos, el nuestro también, han ido respondiendo en la medida no sólo de sus posibilidades, sino también de la presión que la sociedad ha ejercido, y así, el envío de helicópteros de rescate o de plantas potabilizadoras de agua, se ha producido por voluntad política pero sobre todo por presión social.

Mejorar las condiciones de ayuda

ESTAS catástrofes, tanto las de origen natural como bélico, se seguirán produciendo, por desgracia, y la Comunidad Internacional, y las ONG en particular, nos seguiremos encontrando con más y más retos encima de la mesa, tratando de paliar tanto sufrimiento. Pero si realmente queremos conseguir cambios en la forma en que se responde a estas calamidades es preciso empezar a trabajar en algunas modificaciones importantes:

Es esencial seguir luchando por una política preventiva de estas catás-

trofes, tanto desde el punto de vista de un trabajo por la paz en el ámbito internacional, que evite tanta guerra absurda, como desde el punto de vista medioambiental y de reducción de la vulnerabilidad. Si no somos capaces de reducir nuestro impacto medioambiental, desde los países industrializados, ni somos capaces de reducir las emisiones de CO₂, nuestro planeta cada vez será más vulnerable y estos fenómenos se seguirán reproduciendo con mayor intensidad a lo largo de los próximos años. Además, es importantísimo establecer mecanismos ágiles no sólo de detección de situaciones de emergencia, sino de respuesta pronta y coordinada entre todos los agentes con capacidad de colaborar.

También los medios de comunicación deberían tomar conciencia de su papel esencial a la hora de llamar la atención de la sociedad sobre las crisis humanitarias y renovar su compromiso ético con las víctimas, no sólo haciéndose eco de las catástrofes, sino denunciando las potenciales amenazas que se ciernen sobre millones de personas.

Por su parte, la comunidad internacional tiene que seguir invirtiendo fuertemente en programas de desarrollo, pues son éstos los programas más efectivos para la reducción de la vulnerabilidad de la población de los países del Sur. Sin embargo, debemos garantizar el papel protagonista de las propias comunidades afectadas y de los gobiernos de los países donde ocurren las catástrofes; son ellos los que en primera instancia tienen mayor capacidad de respuesta y coordinación, y los que deben garantizar la continuidad de los programas de rehabilitación, una vez se retire la ayuda internacional.

Los gobiernos de los «países ricos» deben saber responder con generosidad a las crisis humanitarias, tanto con medidas a largo plazo (la condonación de la deuda es, sin duda, una de las medidas más urgentes para muchos países) como con fondos adicionales que garanticen la adecuada respuesta en el mismo momento de la emergencia y en la fase posterior de rehabilitación, para la que normalmente no existen fondos disponibles.

Finalmente, es necesario establecer un mecanismo de coordinación operativo a nivel internacional de todas las agencias que intervienen en una emergencia. «*This is a Circus*» («esto es un circo»), me comentaba una compañera australiana que trabaja en Maputo, haciendo alusión a la avalancha de personas que desordenadamente se movían por Mozambique tras las lluvias. En el caso concreto de España, la AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional) debería retomar esta vieja asignatura pendiente y establecer un mecanismo de coordinación rápida y eficaz al que todos los agentes de cooperación podamos aportar nuestro esfuerzo de manera eficaz.

En estos momentos, Etiopía está sufriendo una grave sequía, que está

afectando a más de ocho millones de personas. La comunidad internacional debe reaccionar respondiendo a la solicitud urgente de alimentos que ha realizado el PMA (Programa Mundial de Alimentos). Las ONG ya estamos apoyando a esta población en peligro con nuestros limitados recursos. Ojalá que esta vez se pueda evitar la catástrofe.

El trabajo de Intermón en Mozambique

LA respuesta de Intermón a la emergencia de Mozambique se ha desarrollado en dos planos: la asistencia a las víctimas, tanto en la fase aguda de emergencia como ya ahora en el esfuerzo de reconstrucción y rehabilitación productiva, y la presión política y social para lograr un mayor compromiso humanitario de las instituciones españolas.

En concreto, Intermón ha demandado la condonación de la deuda exterior de Mozambique y que el Gobierno disponga de fondos adicionales para proyectos de emergencia de las ONG. Desde finales de febrero se han llevado a cabo proyectos de distribución de agua potable y saneamiento en los campos de desplazados de Macia y Cheaquelane (en la provincia de Gaza), que acogen, aún ahora, a más de 60.000 personas. También se han distribuido «kits» de emergencia a más de un millar de familias en la capital del país, Maputo, y, tras las nuevas lluvias de finales de marzo, se ha llevado a cabo distribución de alimentos, en colaboración con el ejército holandés, en varias comunidades aisladas por el agua en el distrito de Matutuine, al sur de Maputo.

En la misma capital y en la localidad de Matola, a unos 15 kilómetros, se han iniciado sendos programas de construcción de viviendas para acoger a unas doscientas familias. También se han iniciado programas de distribución de semillas y aperos de labranza en la región de Matutuine, que se extenderá en cuanto sea posible a otras localidades de la provincia de Gaza, para que la población pueda recuperar lo antes posible sus medios de subsistencia y su autonomía.

Hasta el momento, Intermón ha recibido 325 millones de pesetas en donaciones de particulares y empresas, que se destinarán a atender las perentorias necesidades de reconstrucción de un país en el que más de 500.000 personas han perdido sus casas y casi dos millones han visto afectados sus medios de vida. Viviendas, recuperación de cultivos, escuelas y centros de salud son las prioridades de los próximos meses.